CAPÍTULO III.

SIGUE LA COLECTA EN LA CASA DE DON PEDRO MARIA.

Los padres mercedarios acaban de subir las escaleras de la casa de D. Pedro Maria.

La portera los dejó subir, registrando su bolsa para darles al bajar.

La recamarera, muchachuela alegre y franca, corrió á avisar y en seguida invitó á los padres á pasar á la sala.

La señora de la casa era una señora muy amable, de *muy buen humor*, vecina vieja del barrio, piadosa, arreglada y buena.

—Buenos dias, padres, dijo en el momento de ver á los mercedarios; que tal vamos de colecta?

—Regular, mi señora doña Rosarito, contestó el mas

viejo, ya sabe usted que los fieles en estos dias se esmeran en sus piadosas manifestaciones hácia María Santísima.

Efectivamente, la bandeja de plata que cargaba el padre jóven estaba rebosando.

—¡Ah! dijo doña Rosario, viendo la bandeja, ya veo, ya veo que no estamos mal. Por mi parte, aunque con mucha mortificacion.....

—No se mortifique usted, mi señora doña Rosarito, que Dios recibe todo, y la Provincia de Nuestra Señora tambien.

—Los negocios de mi marido no andan bien, y luego tanta familia..... ya sabe usted, tenemos Merced en casa y ya calculará usted lo que se gasta.

Todo esto lo decia doña Rosario revolviendo entre sus dedos un manojito de llaves.

—Lo que se pueda, lo que se pueda, mi señora.....

—Estoy con ustedes, dijo á los padres, pero sírvanse ustedes sentarse, aunque no me tardo.

Los padres iban á sentarse.

—Por aquí, indicó doña Rosario..... en el sofá estarán ustedes mejor.

—No se moleste usted.

El padre viejo se sentó en el sofá y el jóven, teniendo miedo á los resortes, descansó en una silla, se puso la bandeja sobre las rodillas y estiró los brazos que traia entumecidos.

Don Pedro se rió con la mayor naturalidad, y el fraile se mordió los labios.

—Usted tan chancista como siempre, dijo el fraile procurador cuando don Pedro acabó de reirse.

Efectivamente, don Pedro tenia fama de chancista, y todos los padres le toleraban sus bromas en gracia de su habilidad y talento, y porque don Pedro los conocia á todos como á sus manos.

No cesaba el trajin de los sacristanes de número y supernumerarios, quienes del dia á la noche desempolvaban, lavaban, y aderezaban santos, altares, atriles, ornamentos y estandartes, y removian la palizada de las bodegas y revolvian aquella casa de Dios de arriba á abajo.

El padre procurador tenia un quehacer extraordinario con los colectores, hermanos limosneros, sacristanes, mendicantes, y fieles donantes fervorosos de motu propio; todos causantes de una de las contribuciones mas hábilmente establecidas, y que gobierno civil ó ministro de hacienda alguno, no ha podido plantear ni con la reforma.

—¿Estás solo en el convento, padre procurador?

—Sí, señor don Pedro María.

—¿Y los padres?

—Vea usted, señor; el padre Catarino, el padre Martinez y el padre José María, mi primo, andan con alcancía colectando en los mercados: el padre secretario y el padre doctor andan tambien colectando en las casas, con las bandejas de plata; el padre Jorje está ahora en la casa de uno de los abogados del convento, porque se-

gun he oido decir, es necesario embargar á mas de quince inquilinos pobres, porque falta mucho para completar lo de la cera, y todavía no hay ni para los fuegos artificiales.

—¡Ah! seria una lástima, dijo don Pedro María; ¡qué escándalo seria para el vecindario, que nos quedáramos sin castillos! no lo permita Dios, padre procurador; que embarguen, que embarguen á esos inquilinos, que ademas de ser morosos son malos católicos.

—Vea usted, señor don Pedro María, eso está muy enredado, porque andan con que si las niñas del 18 son menores; y con que las otras de la casa chica, son medio parientas del padre secretario, y que te fué y que te vino, y que si contra las mugeres no puede la ley, y ya sabe usted, señor don Pedro María, que no faltan chismes, y que á la hora de pagar salen los empeños, y ya sabe usted..... como las casas se dán..... así, por empeño de los mismos padres..... luego salimos.....

—Pues no hay mas que justicia seca, padre procurador.

—Esa fué mi opinion en el Capítulo, porque, figúrese usted; el padre procurador es todo: se trata de la funcion y ¡ave María purísima! no tengo cabeza; padre procurador por aquí y padre procurador por allá; y el padre procurador que pague las reposiciones y los salarios, y los sastres y la cera y la música, y el banquete.

—¡Ah, ah! exclamó D. Pedro María al recordar el banquete; y lamiéndose los labios, agregó: cuidado, padre

procurador, con no poner en la mesa aquellos chiles rellenos en nogada, que le costaron un miserere al padre Cayetano.

—Y los bobos rellenos, señor don Pedro María, y sobre todo aquel vino español, que lo puso á usted tan alegre.

—Sí, sí; el vinito, el vinito.

—Nos hará usted otros versos, por de contado.

—Ya no hago versos, ya sabes, padre procurador, que yo soy prosaico.

—Nada de eso, nada de eso; ¿y los sonetos del año pasado?

—Son de mis hijos, mis hijos poetizan; como están estudiando.

—¿Y qué tal?

—Pablito, es al que mas le sopla la musa.

—Oiga!

—Sí, padre: le *intelige*, *le intelige*.

—Pues que Dios y María Santísima de la Merced, se los conserve á usted por muchos años.

—Así sea; pero ¡diablo! ya van á dar las once y sale la misa, hasta luego, padre procurador.

—Hasta luego, señor don Pedro María; vaya usted en hora buena.

El padre procurador continuó ocupándose con asiduidad en sus complicadas atenciones, pues se trataba de aumentar las entradas en aquellos dias críticos, y durante los cuales la funcion titular era el gran negocio, que ocupaba exclusivamente la atencion del padre Provincial, de la comu-

nidad, de los dependientes, sacristanes, acólitos y limosneros y de la mayor parte de los veinte mil vecinos que rodean el convento.

Se han hecho los nombramientos de celebrantes, predicadores, diáconos, ayudantes y monaguillos; se han provisto las plazas supernumerarias de campaneros y sacristanes; se ha acordado dar un espléndido banquete dentro del convento en honra y gloria de la santa patrona; se han reformado, recosido y relujado los ornamentos; se está limpiando la plata, y se hacen importantes reparaciones en santos, blandones y muebles, y todo esto durante quince dias, con el acompañamiento de una *ré fa ó sol* largo como un zumbido de oidos y penetrante como una punzada.

Estas notas largas las está dando el órgano todo el dia, porque lo están afinando y esta es obra mas larga de lo que parece.

Ha habido una junta de blancos mercedarios y negros coheteros, para dilucidar detenidamente la importante cuestion de los fuegos artificiales, á los que contribuyen especialmente los panaderos, vendidos y empeñados, y que en un arranque de fervor religioso se han empeñado por otros seis meses mas, por tal de que los fuegos estén buenos.

La limosna cuotidiana colectada á las puertas del templo, ha aumentado un setecientos por ciento con solo cambiar el tema; el limosnero hace un mes que está pidiendo para la cera de la funcion titular por intencion de los que

dan su limosna, en lugar de pedir por la redencion de cautivos por amor de Dios.

Los fieles que han dado todo el año para redimir cautivos, sin saber de qué cautivos se trata, dán ahora con mas razon, porque saben de qué cohetes y de qué cera les hablan.

Los limosneros ambulantes armados de alcancías y de charolas, recorren todo el barrio con mucha escrupulosidad porque no haya quien se ofenda ni tache á los limosneros de parcialidad y preferencias odiosas; de manera que van de puerta en puerta, de casa en casa, de puesto en puesto y de vecino en vecino, haciendo la colecta, á cuya idea, idea inocentemente retozona, sonrie la buñolera, la patera, el pulquero, el fondista, el cacahuatero y toda la numerosa falange de tratantes en pequeño, con la firme creencia de que el rehusar el óbolo á la Iglesia, les acarrearia la desgracia en sus especulaciones, por pecadores indignos de la proteccion del cielo.

Acaban de entrar dos mercedarios en una casa baja, de pobre apariencia.

Matiana les salió al encuentro.

Matiana es una muger gorda, aseada y de cierto aplomo, que ha marchitado su juventud al calor de las hornillas y entre los gases de la cocina.

Matiana es una magnífica cocinera.

—Buenos dias, Matiana, dijeron los frailes.

—Buenos se los dé Dios á sus paternidades, padrecitos.

A la palabra padrecitos aparecieron dos muchachas, las hijas de Matiana.

Eran las tales, dos apiñonadas, de ojos negros como el ala del cuervo, de largas trenzas, flexibles de cintura, vivarachas y listas, zandungueras, y capaces de de ciruna claridad al mas pintado.

Las hijas de Matiana, lo primero que hicieron fué besarle la mano á los padrecitos.

Despues, fueron á traer cada una su limosna.

Vicenta, que era la mas lista, dijo á uno de los frai les, contando un puñado de monedas de cobre y de plata.

—Vamos, padre, aquí está esto, pero con una condicion.

—¿Cuál? preguntó el fraile.

—Que la Vírgen me conceda vender mejor que hace un año.

—¿No vendiste bien tus buñuelos?

—Siempre me sobró masa y tuve que hacer *humildes*, y no se acuerda su paternidad que le envie un platito?... Con que porque me vaya bien, dijo, y arrojó en la bandeja del convento su puñado de monedas.

—Dios te conceda venderlo todo, aunque no me mandes *humildes*, hijita.

—Muchas gracias, padre.

La hermana de Vicenta y Matiana dieron su limosna, cuando ya una nube de muchachos rodeaba á los padres.

Estos chicos se disputaban el honor de besar la mano á los padres, pero estos les presentaban el hábito

blanco, y los muchachos se conformaban con la lana en vez de la carne, que siempre era algo.

Matiana tenia, ademas, un hijo, un hijo que hacia zapatos.

Se llamaba Antonio. Por lo general empezaba á trabajar el juéves de cada semana, el viérnes era un modelo de actividad, el sábado velaba y echaba los pulmones por la boca, el domingo recibia el producto de su trabajo y se vestia de limpio, el lúnes se emborrachaba y lo gastaba todo, el mártes dormia la mona, el miércoles volvia á buscar trabajo, y el juéves empezaba á trabajar.

Este es el modelo de algunos miles de artesanos en México.

Su vida está invariablemente sujeta á ese programa, solo interrumpido por una que otra semana que mudan temperamento en la cárcel.

Pero en honra y gloria del culto religioso externo, debemos decir que Antonio se desconocia á sí mismo en Setiembre.

En Setiembre trabajaba Antonio toda la semana, y en acercándose los dias del novenario de la Vírgen de la Merced, el zapatero velaba todas las noches.

Durante todo el año estaban satisfechas todas sus necesidades, inclusa la necesidad extraordinaria, la de embriagarse; pero en Setiembre Antonio tenia que cubrir atenciones de otro género.

Obraba entónces al impulso de un móvil poderoso.

Su fé religiosa.

Dar limosna al convento era para Antonio una necesidad imperiosa, una costumbre arraigada, y un medio empleado de buena fé para salir bien en lances apurados.

Cuando Antonio, ébrio, armaba un escándalo y se libraba, merced á sus piernas, de las garras de la policía, reflexionaba despues muy sériamente en que aquella chiripa era la intercesion de María Santísima de la Merced, su santa patrona, quien se manifestaba agradecida á las limosnas de Antonio en todos los momentos críticos.

Estas limosnas eran, pues, para Antonio una cómoda transaccion con sus vicios, pues lejos de pensar alguna vez en no emborracharse, lo cual hubiera sido mas conveniente para él y mas agradable á la santa patrona, revalidaba anualmente su suscricion de *seguros* contra todo género de percances.

Antonio podia, durante un año, ser lo mas malo y pernicioso posible; pero en Setiembre se abstenia de libaciones y otras cosas, para hacer zapatos de una manera infatigable.

El producto de estos desvelos en nada mejoraba su posicion ni le proporcionaba en manera alguna comodidad para los meses subsecuentes.

Muy al contrario, Antonio, en los dias de la octava, empeñaba la herramienta y la camisa, hasta que algun compadre lo habilitaba de nueva cuenta para anudar de nuevo el hilo de sus costumbres.

En la octava, Antonio estaba pobre, pero tranquilo, y

se entretenia en contar á sus amigos que el producto de su trabajo lo habia repartido de este modo:

Primero; habia dado limosna al convento antes de la funcion; despues habia dado limosna para las misas que se dicen todos los dias de la novena, por intencion de los que dan su limosna; habia contribuido para los fuegos artificiales, y despues para dos *toritos* que se quemaron en su calle; habia comprado flores y obleas arrojadizas el dia de la procesion, habia consumido una gran cantidad de golosinas las noches de las luces hasta lograr enfermarse, y el resto de sus ahorros, finalmente, lo habia empleado en pulque.

Durante nueve años Antonio habia hecho lo mismo invariablemente y tenia veinticinco.

Matiana, que como hemos dicho, es una muger fresca, obesa y magnífica cocinera, se propone hacer un bonito negocio (que efectivamente hacia) tomando en arrendamiendo una accesoria y estableciendo una fonda que duraba abierta el mes de las fiestas.

Vicenta hace buñuelos, para los que segun la fama, Dios le dió gracia especial, pues no es mas fino el cambray batista ni la gasa de Italia que los aéreos buñuelos de las bonitas manos de Vicenta.

Susana la hermana de Vicenta, que no la casta, hace unos tamales de chuparse los dedos.

Y Matiana, Vicenta y Susana, contribuyen con fé ardiente y zelo religioso al culto, con el producto de sus industrias respectivas.

Hacen todos los dias sus cuentas, y convienen en que

nueve dias del novenario y ocho de la octava, son diez y siete, de tanto trabajo como lucro, y de tanta animacion como alegría.

Los chicos sueñan con los *castillos*, con los *toritos*, con los *cohetes corredizos*, con la procesion, con los títeres y con todo un complicado y largo programa de diversiones.

Las muchachas preparan, confeccionan ó desempeñan sus enaguas y sus rebozos de lujo, y ya en los dias mas próximos al dia grande, quiere decir, al 24, las hijas de Matiana son verdaderos tipos de limpieza y donaire con sus enaguas de castor ó de mascadas y sus zapatitos de raso de color, que no hay mas que pedir.

Ya en esos dias han logrado atraerse las largas miradas de algun calaveron que dá en pasar por allí, ya han hecho pensar en muchas cosas subversivas á los gachupines de la tienda de la esquina, que las camelan con nuevo ímpetu en el novenario; porque entonces todo sube de punto, hasta el amor; y ya en fin han recibido serias reconvenciones del novio oficial, por la inusitada compostura que está siendo causa de mas de cuatro cosas.

Matiana, aumenta el número de comensales solo al incitante olor del pipian suculento y del nacional mole de guajolote.

Matiana, nutriéndose por absorcion durante un mes, se elabora felizmente á sí misma algunos centímetros cúbicos de humanidad, y toda ella respira bienestar y dicha á todas horas.

Algunas familias acomodadas del vecindario, no vaci-

No tardó en salir doña Rosario trayendo dos escudos de oro que depositó en la bandeja.

—Dios pague la caridad, dijo el padre y entregó á doña Rosario una estampa de la Vírgen de la Merced.

La noticia de que allí estaban los padres colectores corrió hasta la cocina, de manera que cuando estos salian, todos los criados de la casa los esperaban en el corredor y pusieron cada uno en la bandeja su limosna.

Don Pedro Maria era un viejo empleado en Palacio, hombre probo y de buenas y dulces costumbres.

Como ademas de su sueldo tenia algunos negocitos, hacia tambien algunos dias que hojeaba libros y removia papeles para facilitar un ingreso extraordinario á sus fondos con motivo de acercarse el dia de Nuestra Señora de la Merced, para cuyo dia solemne se hacian ya grandes preparativos.

Ya habia ido el carpintero á barnizar los muebles, el hojalatero recomponia los faroles, y don Pedro estaba preparando á la sordina ademas de las compras ostensibles, algunas de sorpresa y de obsequio á su hija Mercedes, como por ejemplo, una vajilla, unos aretes y otras chácharas.

Doña Rosario, por su parte, habia tomado efectos en el cajon de Orvañanos, calle de la Monterilla; y hacia dias que en union de sus dos hijas, Mercedes y Angelita, entraba y salia á las sederías, á las tiendas de ropa y á las mercerías, habilitándose de encajes, botones, lazos y esos cien mil dijes indispensables entre señoras que van á estar de fiesta.

La imaginacion de estas dos niñas, hijas felices y mimadas, se perdia en el intrincado dédalo de un programa risueño y subversivo, pasando rápidamente á cada rato por el campo brillante de su fantasía, como en las combinaciones de un cromotropo y sucesivamente, estos nombres: las luces, los cohetes, los chocolates, los dulces, las visitas, los novios, el novio, la procesion, la comida, el baile, los vestidos, el wals, las cuelgas, el matrimonio, la felicidad, en fin, bajo todos los prismas y en la mas deslumbradora de las confusiones.

La señora doña Rosario, que es persona de sociedad é incapaz de olvidar ningun detalle, ha empezado *á hacer visitas*, quiere decir, ha ido recorriendo la larga lista de sus amistadès, empezando por aquellas con quienes se encontraba mas en descubierto, ó como ella decia, *endrogada*.

La cuestion de relaciones amistosas, la deja la señora doña Rosario cada año como un pelo.

Pero no como un pelo que se revienta, como cuando la suspension de nuestras convenciones diplomáticas, sino como un pelo, de ese que se usa para hacer esta comparacion, que no sabemos de donde venga.

Doña Rosario se aparece á principios de Setiembre en las casas de sus antiguas amigas, y despues de las amistosas y mútuas recriminaciones, acaba doña Rosario por convidar á sus amigas á las luces, á la procesion, á la comida y al baile del 24; las amigas, despues de fingir todas las dificultades imaginables, acaban por aceptar en conjunto todos los convites.

Arregladas las relaciones exteriores, Doña Rosario toma á su cargo la cartera de gobernacion, como ministro nuevo, y comienza por la policía de la casa, tambien como ministro nuevo, y sigue el tráfico de freganderas y el ruido de escobetas que es un gusto.

No ha descuidado ir en persona á buscar á la cocinera de los dias grandes, y eso con anticipacion para que no se comprometa en otra parte.

Merced y Angelita piden moldes prestados, consultan figurines y á sus amigas mas elegantes, cortan y cosen incesantemente y les parecen largos los dias anteriores al de la fiesta.

Cuentan ya con algunas amiguitas de confianza para que las acompañen en todo, así como don Pedro María ha convidado á algunos compañeros de oficina, á algunas personas graves, al padre Martinez y al señor cura de San Pablo, ambos á dos sus compañeros de tresillo.

Don Pedro María para completar su dicha, tiene un hijo grande de quien no hemos hablado: Pablito.

Pablito estudia cuarto año de leyes, es un jovencito que tiene mucho talento segun su papá y su mamá, hace versos y buenos, y ha puesto ya en letras de molde algunos trabajos literarios.

Pablito dijo unos versos en la distribucion de premios de su colegio y lo hizo muy bien.

Pablito está enamorado como un bárbaro, y por medio de sus hermanas está á punto de realizar la inocente in-

triguilla de hacer convidar á su novia para las fiestas de la Merced.

A las siete de la noche las niñas estan vestidas esperando á las visitas, que son obsequiadas entre nueve y diez con bizcochos, dulces, y copitas de licor.

Los balcones están adornados con cortinas blancas y con faroles, y las vidrieras permanecen abiertas hasta las doce, para que las visitas gocen del cuadro que presenta la calle, en la que, á corta distancia están colocados á la orilla de las banquetas numerosos puestos de vendimieras, y mesitas, que son otros tantos figones que prodigan el incitante olor de las varios manimientos y de los chorizones de Toluca.

No hay una sola puerta, balcon ó ventana en todo el trayecto de las calles que converjen al convento, en donde no alumbren faroles de vidrio ó de papel, y esas calles están literalmente llenas de gente.

Estamos en la sexta noche.

En las cinco precedentes Merced y Angelita han lucido su habilidad en el piano; don Pedro María, su señora y el señor cura de San Pablo, el padre Martinez y dos señores muy buenos amigos de la casa, forman un corro donde se platica, al principio con gravedad, y despues con animacion, porque el padre Martinez es muy ocurrente, y el señor cura tiene mucho talento.

El padre Martinez tiene una fisonomía franca y rubicunda, reboza buen humor y bonhomía, y toma chocolate con un apetito envidiable.

Las niñas y los pollos se agrupan á los balcones y pueden, merced al ruido de la calle, decirse muchas cosas.

El ruido es conveniete para los amantes, para no hacer ruido.

La antevíspera del 24 pernoctan en la casa de don Pedro María algunas amiguitas de las niñas, con objeto de ver la salva al dia siguiente.

La salva consiste en el madrugar de todo el vecindario, que á las cuatro de la mañana en punto se vuelve loco de gusto, y hay á esa hora repiques, cohetes y música.

En la noche, tienen lugar en el templo los maitines solemnes, con asistencia de toda la comunidad y con gran orquesta.

Diez mil personas se disputan el honor de entrar al temp o, adonde bien pronto dejan satisfecha su curiosidad y salen á gozar de nuevo del animado espectáculo de *las luces* que terminan con *los castillos* y con nuevos repiques.

Todo es gritos y animacion, todo es alegría y movimiento. No hay en todo el barrio una sola persona que no contribuya gustosa á formar de aquel cuadro la mas tumultuosa y animada de las diversiones.

Llega el dia 24. Toda la casa de don Pedro María está de fiesta; los criados están muy limpios y la cocina ha recibido refuerzo de batería y de manos.

Las niñas han convertido su recámara en un arsenal de lienzos almidonados, de flores, de encajes, de aromas y despues de algunas horas del mas complicado, minucioso

y difícil tocador, salen Merced y Angelita, radiantes de hermosura, prodigando aromas, vendiendo juventud y lozanía, como flores que acaban de abrirse dentro de un invernáculo.

Las niñas pasan la mayor parte de la noche en confidencias y cuchicheos, y es tal el alborozo que el sueño huye de sus ojos.

Apenas se exhiben, son contempladas con envidiable deleite por don Pedro María y doña Rosario, quienes se sientan cómodamente para recrearse en sus hijas, á quienes estudian y analizan con nimio cuidado y no menos interes que cariño: las besan en la frente y en seguida presentan á Merced sus respectivos obsequios.

Merced es el objeto de todas las atenciones, la llaman el santo de la fiesta, y va á recibir, desde la tarjeta dorada y calada de la muger que aseó el corredor, hasta el soneto acróstico de su novio; desde el platon de cocada de la monja ó de la tia anciana, hasta el lujoso devocionario que la regala el padre Martinez.

Se cubren las mesas de platones de dulces, y de obsequios de todo género. Merced goza de esa manera febril con que se goza á los quince años, recibiendo puras las emanaciones del cariño, del amor, de la fé y del entusiasmo.

Merced lloró de gozo: era completamente feliz.

Toda la familia va á la funcion de iglesia. Merced y Angelita se arrodillaron frente al altar, y poco á poco aquellas dos almas puras, se fueron entregando á una beatitud apacible y dulce.

El estrepitoso acento de la orquesta, que resuena de una manera especial en las bóvedas del templo, conmovia y agitaba las fibras nerviosas de aquellas jóvenes, con ese sacudimiento particular que produce una especie de calosfrio delicioso.

Ese bienestar indecible que esperimenta el cuerpo cuando al aseo reciente sucede la presion de la ropa nueva, el contacto del cambray y de la seda; y esa otra sensacion gratísima que engendra la aspiracion de un aroma penetrante, esa lucidez con que la imaginacion recorre los pasados horizontes de una juventud que es un cielo sin nubes ni tempestades, sino sereno, azul y tranquilo, como el cielo de Abril, y los efluvios místicos de una religion de amor rodeada de los atractivos de un culto deslumbrador y de grandioso aparato; todo esto estaba produciendo en aquellas dos almas sencillas y tiernas, la mas completa, la mas dulce de las mistificaciones, y por medio de todo ese conjunto de sensaciones y de deslumbramientos, se elevaban Merced y Angelita en esa molicie leda, precursora del éxtasis.

Sentian como la sancion absoluta de su dicha, y se entregaban con ardor y sin esfuerzo á una oracion que tenia mas de entusiasmo que de piedad, mas de placer que de plegaria.

Merced y Angelita habian creido sin esfuerzo, se habian dejado conducir á una felicidad en que se engreian, y en medio de la saciedad de su alma, juntaban el cielo con la tierra.

¡Ah, cuán felices eran! Todavia el aguijon de la duda no habia acercado su punta envenenada á sus almas puras; todavia el negro monstruo de la corrupcion actual no habia arrojado á su casto seno la bocanada de su aliento inmundo. ¡Amaban y creian!

CAPITULO IV.

LA COMIDA EN LA CASA DE DON PEDRO MARIA, LAS PRIMERAS PÁGINAS DE UNA HISTORIA TRISTE, CHUCHO EL NINFO EN LA PROCESION.

A LA una, la casa de don Pedro María presentaba ya el conjunto mas ameno y variado.

Casi todos los asientos de la sala estaban ocupados por las visitas.

En la mesa del centro se ostentaba una variada profusion de tarjetas, con los nombres, desde el del alto funcionario hasta el del criado doméstico jubilado.

Merced y Angelita engalanadas, radiantes de aseo y de compostura, eran el centro de todas las atenciones.